

clava Bárbara, en términos que recuerdan la oda *Á Jantia Foceo*:

« Ali se viu captivo  
*Da captiva gentil*, que serve e adora,  
 Alí se viu que vivo  
 Em vivo fogo mora,  
 Porque de seu senhor a vê senhora....»

Las odas *A D. Manuel de Portugal*, *A D. Antonio de Noronba*, etc., y la compuesta en loor de los *Colloquios* del Dr. García de Orta, son inferiores á las citadas.

## II.

Camoens señala el apogeo de la poesía lusitana. Después de él principia la decadencia, cuyos caracteres más señalados fueron la manía bucólica, el conceptismo, y á la postre los delirios culteranos. La forma horaciana fué olvidándose por días, hasta perderse casi del todo en los últimos años del siglo xvii. Pero esta decadencia, como todas, fué gradual, y aún hay en la generación que sucedió á los *quinbentistas* algunos ingenios que en parte conservaron la tradición lírica de Camoens y de Ferreira.

Fernán Álvarez de Oriente, natural de Goa, y cautivo en la jornada de Alcazarquivir, escribió una novela pastoril, á imitación de las *Dia-*

*nas*, con el título de *Lusitania transformada*, libro que fué impreso por vez primera en 1607. La fábula, como acontece en la mayor parte de estas novelas, tiene á lo sumo un interés autobiográfico; pero merecen estima las poesías intercaladas, si bien las afean rasgos de mal gusto. Hay entre ellas una imitación del *Beatus ille*, muy bien hecha:

«¡ Qué sorte tan ditosa,  
 Qué dom tam sublimado aquelle alcança  
 Qué aposentou nos campos a ventura....»

Es rica de galas descriptivas de buena ley, y está casi del todo libre de los conceptillos y juegos de palabras que abundan en otras piezas de Fernán Álvarez de Oriente.

Francisco Rodríguez Lobo fué el prototipo del bucolismo. Hizo pastorales en verso, pastorales en prosa, todas largas y en gran número. *La Primavera*, *El Pastor peregrino*, *La corte en la aldea* y *Noches de invierno*, si por los asuntos son monótonas y cansadas, hácese á las veces agradables por la excelencia de la prosa, y sobre todo de los versos cortos. *La Primavera* se abre con unas liras *camonianas*:

«Ya nasce o bello día,  
 Princípio do verãõ fèrmoso e brando,  
 Que com nova alegria  
 Estãõ denunciando

As aves namoradas,  
Dos floridos raminhos penduradas...<sup>1)</sup>

En las formas nacionales y en los metros cortos tiene especial hechizo la poesía de Rodríguez Lobo.

Manuel da Veiga Tagarro, autor de la *Laura de Anfriso*, es uno de los poetas que más se libertaron del contagio del mal gusto en el siglo XVII. Casi todas las lirás de Veiga son eróticas é imitadas de la de Camoens; pero la dirigida á un su hermano que militó en la India, es trasladado del *Sic te diva*:

«Ligeira Não formosa  
Que acometteis o Indico Oriente,  
Tão alegre e contente  
Que prometteis briosa,  
Vendo os mares largos,  
De ter assento ethereo como á de Argos....  
Um irmão me levaes,  
Irmão que era metade da alma minha....»

En las odas de amores hay trozos muy bellos, animados por el sentimiento personal del poeta. Nunca anduvo éste más inspirado que al cantar la profesión religiosa de su amada:

«Era Laura uma flôr de alta esperança,  
Dos Paes primeiro amor, doce lembrança,  
Qual a fechada rosa  
Que em botão mostra a purpura formosa....  
O teu fogo Jesus te está chamando:

<sup>1</sup> Ed. de Lisboa, por Lorenzo Craesbeek, 1633, 12.º, página 2.

Olha como da Cruz formoso e brando  
Con suave ferida  
O peito aberto tem, por dar-te a vida....  
Olha que estende os braços  
Para te dar, oh Laura, mil abraços....»

La oda *Aos pasarinhos*, la cuarta del libro tercero, en que glosa aquel célebre soneto de Lope de Vega *Daba sustento*, y algunas más de la *Laura de Anfriso*, son dignas de leerse, y si no en el espíritu, por lo menos en la estructura, contribuyeron á conservar la tradición horaciana-española del siglo XVI. No llega Manuel da Veiga á la altura de Rioja, ni de Hernández de Andrada, ni de Pedro de Quirós; pero militó, como ellos, en las banderas del buen gusto contra la tenebrosa poesía del *Polifemo*, de las *Solitudes* y de *La Fénix renascida*.

D. Francisco Manuel de Melo, gloria á la vez de las letras castellanas y de las portuguesas, dió en *Las tres Musas del Melodino* notables ejemplos de epístola moral, género á que le llevaban las tendencias de su espíritu razonador y profundo. Á veces imita á los Argensolas, otras á Quevedo. Su estilo, antitético y sentencioso, fatiga á veces por la obscuridad; pero es rico de ideas noblemente expresadas:

«Quando aquel río impetuoso corre,  
Qualquier fácil peñasco le resiste,  
Manso y contino vence al alta torre.

Para mí todo el mundo en mí consiste,  
Y en vano intento remediar al mundo,  
Si el mundo no remedio que en mí asiste....»

Esta mezcla de defectos y perfecciones aparece en todas las epístolas de D. Francisco Manuel, discípulo á veces de Horacio en los pensamientos, nunca en la expresión:

«Cíñase cada cual luciente acero,  
Vistase cada cual fino diamante,  
Finjase cada cual Marte severo.  
Pase toda la vida navegante,  
De los angostos términos de un pino  
Apenas morador, ya naufragante.  
Pise incauto las ondas peregrino....  
Ó cace ó pesque la ambición sedienta  
Los gruesos bosques y opulentos mares....  
Mientras yo, por vivir honestamente,  
Busco, huyendo las leyes ya olvidadas,  
Sencillo estudio de la antigua gente...  
Patria segura del común reposo,  
Tesoro universal de desengaños,  
Sagrado contra el tiempo riguroso.»

Suele faltar color poético en los versos de Melo, pero de vez en cuando el moralista acierta á encerrar en frases breves, agudas y vibrantes sus conceptos:

«El aire de los siglos corrompidos  
No respeta el laurel en los honrados,  
Como adora la palma en los validos....»

Hizo D. Francisco Manuel algunas odas semi-horacianas, pero de escaso mérito. Le faltaba numen lírico. Aun en ellas es pensador y mora-

lista, pero no á la manera de Horacio, sino con sutilezas y discreteos: para encarecer el peso del cetro, se le ocurre decir:

«El oro es hierro de color trocado.»

Tal es el estilo de las odas *Á la fortuna*, *Desengaños*, etc. *La Consolación* y algunas imitaciones de salmos, tienen carácter más natural y sencillo<sup>1</sup>.

Con D. Francisco Manuel, que escribió la mayor parte de sus poesías en castellano, muere la epístola moral entre los portugueses. De la lírica apenas quedaban vestigios. La invasión culterana corría triunfante por todos los ámbitos de la Península.

### III.

Amanecieron al cabo mejores días, que para Portugal habían de serlo de todo punto, pues nada tenía que perder en la mudanza. Mostráronse las primeras señales del cambio de gusto con la traducción del *Arte Poética* de Boileau, hecha por el conde da Eriçeira, y con el establecimiento de varias academias en el reinado de D. Juan V. Paulatinamente cobró fuerzas la tendencia innovadora, hasta manifestarse, en

<sup>1</sup> Sigo la ed. de Lisboa, 1649, por Craesbeeck, de *Las Tres Musas*.

tiempos de Pombal, con la fundación de la *Arcadia Lisbonense*, que inauguró sus tareas en 1756. Direcciones opuestas se manifestaron luego entre sus individuos: unos pretendían imitar en todo y con supersticiosa veneración á los *Quinhentistas*; otros se dejaron llevar del gusto francés, y algunos, los menos, fueron clásicos de buena ley y discípulos de la musa antigua. Garção imitó á Horacio, Antonio Diniz á Píndaro. El segundo quedó en sus ensayos á mediana altura, sin duda por la dificultad de la empresa, y no entendió la poesía coral sino á medias.

En cuanto á Garção, con razón le tenía Garret por *el poeta de más gusto y de más fino tacto que en Portugal había aparecido*. Poseyó en grado eminente la sobriedad, la concisión y la mesura, é hizo grandes servicios á la lengua y á la versificación lusitana. Enriqueció la primera con felices y oportunos latinismos y destrísimas asociaciones de palabras, como entre nosotros Moratín y Cabanyes, y dió á la par carta de naturaleza poética, no sin asombro y escándalo de los pedantes, á muchos vocablos y frases tenidos por innobles y prosaicos. Resucitó, ó, por mejor decir, creó y modeló el verso suelto, que hasta entonces había sido en Portugal poco y pésimamente manejado. Garção empleó de preferencia la estrofa de Francisco de la Torre, la *sáfica*, y en otros casos una especie de *silva* de endecási-

labos y eptasílabos no rimados. No tomó por modelos á Ferreira ni á Camoens, sino á Horacio. En loor del Venusino compuso una oda calcada sobre el *Pindarum quisquis*, porque me apresuro á advertir que Garção no tiene originalidad alguna ni ha dejado quizá una idea ni una composición propia. Pero en la estructura poética es maestro. Nunca habían resonado en Portugal estrofas de sabor tan clásico como estas:

«Sobre as cidades voa, ja descobre  
Do tormentoso Bosphoro bramindo  
Partos e Scytas, hyperborios campos,  
Libycas Syrtes.

Ou já de Augusto mostra o valor nobre  
Lavar de Craço a vergonhosa infamia,  
Que o vestal fogo, Roma, Capitolio  
Tinha esquecido.

«Eu vi inteiros nossos estandartes,  
As armas limpas, centurios romanos  
Có as mãos atadas (Regulo dizia)  
Vi em Carthago!»

Todo esto es copia, pero primorosamente hecha. Ha sido muy celebrada la alegoría del *galeón* en la oda *Á la restauración de la Arcadia*. Tomada está del *Ob navis*, y estancias tiene llenas de movimiento, armonía y número; pero se prolonga demasiado, sin que á veces sea clara la relación entre la alegoría náutica y lo que con ella quiso significar el poeta. Como alta sentencia, dignamente expresada, debe citarse esta:

«Nã se nutre a virtude do descanso ;  
Arduas emprezas, rispido trabalhos  
Em nobre coraçã, de immortal gloria  
Accendem claro lume.»

Pocas odas del género heroico compuso Garçã, y no rayó muy alto en ellas. Su entendimiento templado é ingenio más agudo que brioso, lleváronle de preferencia al canto *moral*, en que, siguiendo de lejos las pisadas de Horacio, derramó tesoros, no de invención, sino de elegancia sostenida. La oda *A la virtud*, que es de las mejores suyas, empieza con una traducción de los primeros versos del *Justum et tenacem*:

«O constante varã que justo e firme  
Da difficil virtude segue os passos,  
O pesado semblante do tyranno  
Nã teme, nã estranha...»

y termina con el episodio, diestramente intercalado, de aquel Mario, secuaz del emperador Galba, á quien por su constancia y firmeza perdonó Otón la vida.

La riqueza de un poeta es hija legítima del *Non ebur neque aurum*, cual muestran estos versos:

«Nem marmores, nem porphydos luzentes  
Nos alizares brilham...»

Del *Eheu fugaces* nació la oda

«Delphim, caro Delphim ! com qué ligeiro  
Lubrico pe, a curta idade nossa  
Nos vai atropellando ! As horas voam,  
Os dias nã socegam.»

Quaes horrisonos Euros insoffridos  
Varrem da longa praia a ruiva areia,  
Que nas humidas azas crespas ondas  
Indomitas revolvem.  
Assim o tempo segador co'a fouce  
D'aqui, d'alli talhando a debil gente,  
Lança no vasto golphan do sepulero  
As pallidas espigas...»

Con esta pureza y elegancia escribe siempre Garçã. ¡Lástima que se detuviese casi siempre en el primer grado de la imitación latina, é, influido en demasía por el texto immortal, convirtiese á la continua sus odas en centones ó en mosaicos, y no acertase á pensar, ni á ver, ni á hablar sino con el pensamiento y por los ojos y lengua de Horacio! Únicamente cuando graceja: al hablar, por ejemplo, de la calva del P. Delphim, tiene algún movimiento ó frase propios. Pero siempre es de admirar la soltura con que hace suyos la idea y el giro horacianos, hasta confundirse á veces con su modelo:

«Em fragil lenho entregue a longos mares,  
O mercador avaro  
Lucta co'a morte: rasgam negros Austros  
As prenes nuvens: brilha  
Entre a ronca saraiva, o retorcido  
Crepitante corisco:  
Estala a fraca verga, a rota vela  
Oudeando susurra,  
E a fome de ouro tudo faz mais doce  
Que a livida pobreza!  
Outro, com o martello, os cadeados

Despedaça do cofre ,  
 Que do incansavel pae o corvo arado  
 Tirou da dura terra....  
 Este n'alcantilada serra corre  
 O jabali cerdoso....  
 Outro na rica meza rodeiado  
 De vorazes amigos ,  
 Em brilhantes crystaes , de Douro e Rheno  
 O roixo çumo beve ,  
 Té que dos altos cumes dos outeiros  
 Caia a nocturna sombra.  
 Eu porém nada quero , nada estimo  
 Mais que a dourada lyra.  
 Se os pastores do Menalo sagrado ,  
 Se os loureiros d'Arcadia ,  
 Os meus versos escutan , os meus versos  
 Me separan do vulgo ;  
 Na testa cingirei , livre de inveja ,  
 De hera frondente crôa ,  
 E com lesbico plectro ou Venusino ,  
 Ferindo as aureas cordas ,  
 Arcadia cantarei....»

Esto es latín con palabras portuguesas , y ciertamente no puede irse más allá en la reproducción de la forma lírica antigua , reproducción pura y seca , sin añadir nada nuevo , tal como Garçon la comprendía. No necesito decir á mis lectores de dónde está traducido , pero maravillosamente , el pasaje que he copiado , porque él sólo da idea de la poesía del *Horacio portugués* y de la índole especial de su talento , todo de asimilación y de estudio. Y si fueran necesarias

más pruebas , aún pudiera citarse su incomparable imitación del *Quid dedicatum poscit Apollinem* , ó la oda *A la vida rústica* , inspirada por el *Beatus ille* , ó tantas otras de igual mérito , pero siempre faltas del elemento *subjetivo* y personal del poeta , único que bastaría á darles color y vida. Por eso son hoy poco leídas , y es lástima , porque hay mucho que aprender en ellas.

La desgracia acompañó siempre á este elegantísimo poeta. Por causas todavía no bien aclaradas , incurrió en la indignación del déspota marqués de Pombal , que le dejó morir en un calabozo. En momentos , sin duda , de angustia y abatimiento , tuvo el desdichado poeta , víctima de la intolerancia cesarista , la debilidad de escribir aquella oda *Al suicidio* , altamente reprehensible en el concepto moral , pero valiente y animada más que ninguna otra de sus composiciones :

«Rompa-se embora do stellante assento  
 A machina lustrosa....  
 Mil duras portas de pesado ferro  
 Sobre mim se aferrolhem ,  
 E agrilhoado ao carro do triumpho  
 Me leve algum tirano....»

El poeta lo desafía todo , y acaba con estos horribles versos , traducidos de una tragedia de Séneca :

«Todos podem a vida  
 Tirar ao homen na mesquinha terra ;  
 Ninguem le tira a morte.»

La perfección negativa, esto es, la falta de defectos y lo acabado y correcto del estilo en algunas odas de Garçãõ, confunden y maravillan. Pero nada hizo más perfecto que la *Cantata de Dido*, trozo que la antigüedad reclamaría por suyo. ¡Y qué arrojo demuestra el luchar, aunque en breve espacio, y quedando naturalmente inferior, con Virgilio! ¡Y en qué pasaje: en el libro IV!

Hizo Correa Garçãõ dos hermosas sátiras horacianas, entrambas *de re litteraria*, la primera sobre el uso de ciertas voces ó frases que le reprendían algunos críticos, la segunda sobre la imitación de los *quinbentistas*. Algunas frases de la primera se han hecho proverbiales:

«Corydon, Corydon, qué negro fado,  
Qué frenesi te obliga á ser poeta,  
Qué esperas dos teus versos?...»

Nãõ sabes que das Musas portuguesas  
Foi sempre um hospital ó Capitolio?...»

Nãõ screve *Lusiadas* quem janta  
Em toalhas de Flandes, quem estudia  
Em camarins forrados de damasco....»

¡El Capitolio del pobre Corydon fué peor que un hospital, fué una cárcel!<sup>1</sup>

En el género erótico nada produjo la poesía

<sup>1</sup> Para las citas de Garçãõ me valgo del *Parnaso Lusitano* (París, 1827), donde están reproducidas de este poeta quince odas, las sátiras, la *Cantata de Dido*, varios sonetos, una epístola, fragmentos dramáticos y un ditirambo.

portuguesa del siglo XVIII comparable á la *Márcia de Dirceu* de Tomás Gonzaga, brasileño. En algunas, aunque pocas, de aquellas *liras*, hay pensamientos de Horacio.

Nicolás Tolentino de Almeida es uno de los ejemplos más notables de la diferencia entre el mérito real y la fama. No sólo fama, sino riquezas y honores, alcanzó en su tiempo, á costa muchas veces de torpes adulaciones y de un mendigar continuo. Su crédito se mantuvo largos años después de su muerte. Almeida Garrett, que tanto pecó por exceso de elogios en el *Bosquejo* ya citado, rompe toda valla al hablar de Tolentino: «*Es el poeta eminentemente nacional en su género: Boileau tuvo más fuerza, pero no tanta gracia como nuestro buen maestro de retórica. ¡Qué naturales y verdaderas son sus pinturas de las costumbres de la sociedad! Tengo pasión y ceguedad por el más verdadero, el más gracioso, el más buen hombre de nuestros escritores.*» El que después de tan desaforados encomios llegue á leer las sátiras y epístolas de Tolentino, experimentará el más triste desengaño, como á mí me ha sucedido. Y no es que sean malas ni mucho menos, antes pueden pasar por fáciles y donosas; pero es Tolentino uno de esos satíricos de carácter tan *local* y restricto, de observación tan limitada á las manías y usos de su tiempo, y de tan escasa profundidad y arranque; un poeta tan *de sociedad*,

en una palabra, que si hay razón para que entusiasmase á Garrett, nacido y criado en la que Tolentino describe, debe parecer forzosamente á lectores modernos un escritor muy de segundo orden. Su mérito está en los primores y gracias de lenguaje, y en el color nacional que da á buena parte de sus poesías el uso de las *quintillas* hábilmente trabajadas. Tolentino es un excelente versificador, suelto y gracioso, y se parece más que ningún otro portugués á Baltasar de Alcázar y á Jacinto Polo. *El billar*, *El té*, *El paseo*, la sátira *Á los amantes*, *La función*, el *Memorial á Su Alteza*, las redondillas *Á un peluquero* y *Á una negra*, son juguetes agradables, pero nada más; fotografías de la época en su parte más superficial, no cuadros grandiosos ni valientes invectivas. ¿Qué son las sátiras de Tolentino al lado de las de Jovellanos, Parini y Gilbert? Éstos sí que supieron herir en el corazón á la sociedad del siglo XVIII. Gracia no le falta á Tolentino; pero alcance no tiene ninguno. De todas suertes, sus sátiras son más *horacianas* que *juvenalescas*, y convenía en este lugar hacer mérito de ellas. Las de Miguel do Couto Guerreiro valen poquísimo. Francisco Diaz Gomes, tan estimable como crítico, no rayó como poeta á grande altura.

## IV.

Al espirar el siglo XVIII aparecieron en Portugal dos ingenios de condiciones y estudios diferentes, los cuales, por opuestos caminos, dieron ley á la generación literaria que precedió al romanticismo. Eran en muchas cosas la antítesis viva el uno del otro, por más que en lo esencial de la teoría literaria no difiriesen mucho. Fácilmente se comprenderá que aludo á Bocage y á Filinto.

Manuel María Barbosa de Bocage, entre los Arcades *Elmano Sadino*, era un improvisador estupendo, como sólo Italia los ha producido. Esa fué su gran cualidad y su defecto. Bocage improvisaba siempre, y sus mejores trozos llevan el sello de ejecución fácil y abandonada. Tenía altas dotes artísticas, viveza de fantasía, sensibilidad vehemente, aunque no profunda, y, sobre todo, un dominio absoluto del metro y de la rima. De la pureza de la lengua se cuidaba poco; no era filólogo, ni mucho menos; solía incurrir en galicismos, y apenas conocía más habla portuguesa que la usual y corriente en su tiempo, no la de Fr. Luís de Sousa, Vieira ni Bernardes. Su educación había sido descuidada, su vida fué el desarreglo moral personificado, y



estas circunstancias influyeron no poco en el resultado de sus obras.

Sabía mal el latín, y si acertó (no siempre) en sus admirables fragmentos de las *Metamorfosis*, debiólo á su grande intuición, que le hacía adivinar lo que ignoraba, y á la ayuda de otras versiones. Sus poesías más geniales y perfectas son las cortas, las fugitivas, las trazadas en momentos de inspiración. Tenía muy pocas ideas, y esas vulgares ó tomadas de libros franceses, que son los que parece haber leído con más gusto. Delille, Parny y algún otro contribuyeron á torcer más que á educar su numen, haciéndole afeminado y débil, cuando en otros tiempos hubiera sido bravío é indómito. Descolló en los sonetos: nadie los ha hecho mejores en Portugal. Algunos son modelos por la forma, ya que no por la sentencia. Si á esto agregamos el idilio de *Tritón*, las cantatas de *Inés de Castro*, *Medea* y *Hero y Leandro*, el ternísimo cuadro de *Á Saudade Materna*, varias traducciones y algunas poesías fugitivas, tendremos recogidas las verdaderas joyas de la corona de Bocage. Todas podrían entrar en un tomo de reducidas dimensiones. Sepultadas hoy en los siete volúmenes abultados de sus obras, no lucen como debieran.

Fué poco clásico Bocage: aun en los asuntos de la antigüedad, escribe como poeta moderno. Hizo, sin embargo, algunas odas horacianas de

dudoso mérito, exceptuando quizá la dedicada *Á la fortuna*, que tiene bellas estrofas, de apacible melancolía, si bien descuidadas en el estilo. Compuso sátiras no pertenecientes al género que voy estudiando. Una de ellas, la más célebre, va dirigida contra el P. Macedo, y es modelo de invectiva *yámbica*, tan enérgica y robusta como feroz y apasionada. Arquíloco la hubiera adoptado por suya. Si José Agustín no se ahorcó después de leerla, como Licambo cuando oyó los versos de su enemigo, por lo menos conservó odio á Bocage más allá del sepulcro, y jamás le perdonó aquella espantosa diatriba, no indigna

«Do latido feroz do cão de Apullia.»

Hizo, finalmente, Bocage bellas epístolas. No cuento en este número la impía y volteriana que principia:

«Pavorosa illusão da eternidade....»

pues tengo para mí que le ha sido atribuída con error, aunque el estilo parezca suyo. Pero es cierto que sus alardes de incredulidad y de cinismo valieron á Bocage algunos meses de prisión en tiempo de doña María I. Entonces escribió nuestro poeta, implorando clemencia, excelentes cartas á los marqueses de Pombal, de Ponte de Lima, y de Abrantes. La expresión es

en ellas más noble y resignada de lo que pudiera esperarse, sabido el carácter ligero y poco digno de Bocage.

*Francisco Manuel* do Nascimento, más conocido entre sus paisanos por el nombre poético (no arcádico) de *Filinto Elysio*, se pareció á Bocage en el *enciclopedismo* de las ideas, y en la persecución con que fueron castigadas. Era eclesiástico, aunque malo, y pasó emigrado en Francia la mayor parte de su larga vida. Como ingenio de todo en todo horaciano, merece señalado lugar en esta galería. Hizo estudio especial del lenguaje, purgándole de innecesarios galicismos, y persiguiendo sin reposo con el látigo de la sátira á los innovadores. Dicen, no obstante, los modernos puristas portugueses que la decantada perfección gramatical de Filinto tenía más de *negativa* que de otra cosa, apareciendo muchas veces con trazas de afectada. Su elocución es pura y tersa, pero no rica ni abundante. Como versificador es muy mediano; jamás dominó la rima; en el metro libre, que casi siempre usa, decae con frecuencia, y al lado de versos sonoros y rotundos coloca otros lánguidos, duros y arrastrados y hasta de *gaita gallega*. Al revés de Bocage, Francisco Manuel era eximio latinista, pero no llegó á saber griego, ó por lo menos no lo manifiesta. Tenía además larga noticia de los poetas franceses é italianos. Dejó muchas tra-

ducciones, que han sido diversamente juzgadas, aunque en definitiva enriquecieron la lengua, con adolecer de defectos capitales.

La poesía lírica fué el género predilecto de Filinto. Garrett, en los arrebatos de su juvenil entusiasmo, llegó á afirmar que *ninguna lengua excedía á la portuguesa en las odas de Francisco Manuel*, y que éstas eran superiores á las de Píndaro y Horacio. Estos exagerados encomios, que el poeta no necesita, comprometen más que acrecientan su fama. Si no hubieran salido de tan doctos labios, diríase que en ese juicio tuvo tanta parte la pasión como la ignorancia. ¿Qué semejanza puede haber entre un poeta de escuela como Filinto y los dos genios líricos de Grecia y Roma? Yo aprecio, y aun admiro, á Francisco Manuel, y gusto mucho de sus poesías; pero no dejo de conocer que son versos académicos y que les falta el *quid divinum*, aparte de que la ejecución no es siempre tan esmerada como pudiera desearse.

El estro lírico de Francisco Manuel no era grande; vivía al calor de ideas y sentimientos ajenos. En punto á formas, siguió por lo común las huellas de Garçãõ, algunas veces las de Diniz. ¡Lástima que hiciese tantas odas! Ni son todas iguales, ni las más acabadas están libres de monotonía y de repeticiones. Garçãõ tenía más sobriedad que él y entendió mejor la pureza clá-

sica. En cambio, Filinto entró más en su siglo, y puso algo de propia genialidad en sus obras.

La misma tendencia que llevó á Quintana á celebrar la *Imprenta* y la *Vacuna*, é inspiró á Monti su canto *Al globo aerostático* de Mongolfier; muéstrase en los versos de Filinto *Aos novos Gamas*, para los cuales se inspiró en el *Nil mortalibus arduum est*, sin olvidar aquello de

«A progenie arriscada de Japeto.»

Garrett la llamó poesía *elegante, sublime, inmensa*. Conformes en lo primero, no en lo demás. Exageraciones por ese tenor han dado mala fama á los portugueses. Al cabo, la oda de Filinto no es más que un conjunto de *frases hechas*, diestramente engarzadas. Hasta el pasaje relativo al

«Raio asustador, que vago e sôito  
Estendia ou quebrava  
O roixo trilho do farpado incendio,  
Hoje á Franklin submisso  
Pela perita barra...»

es reflejo de aquel célebre exámetro de Turgot

«Eripuit coelo fulmen, sceptrumque tyrannis.»

Tan enamorado estaba Filinto de este verso, que volvió á traducirle literalmente en su oda *Á la libertad*.

«Philosopho Franklin que arrebataste  
Aos ceos o raio, o sceptro á tyrannia.»

Este canto á la independencia de las colonias

anglo-americanas es de los buenos de Filinto, dejadas aparte ciertas ideas históricas inexactas ó extremadas que en él se exponen. Cabanyes parece haberle tenido á la vista en su *Colombo*, que visiblemente le excede.

Más pindáricas que horacianas quieren ser estas odas, aunque Francisco Manuel nunca vió á Píndaro sino al través de Horacio. Al mismo género pertenecen la oda *Á Alfonso de Alburquerque*, que es brillantísima, y la intitulada *Neptuno á los portugueses*, cuya idea principal está tomada del *Vaticinio de Nereo*. De esta oda, en verdad enérgica y levantada, dijo Almeida Garrett que ella sola bastaría para restituir el patriotismo á los nietos de los Gamas y de los Alburquerque, si alguna vez llegase á faltarles.

Triste patriotismo si había de fundarse en indirectivas contra Castilla, semejante á esta:

«Ás garras dos leoes auri-sedentos  
Ás quinas somettidas  
O perennal opprobio transpassavan...»

¡*Perenal opprobio* el de las armas castellanas! ¿Cuándo hemos dicho nosotros otro tanto de los portugueses? Pero dejemos estas rencillas *provinciales*. Desde el *Triunfo sacrosanto* de Pinto Ribeiro (así le llama un escritor demócrata y enemigo de la casa de Braganza), estamos condenados á oír declamaciones de ese jaez. No falta historiador que atribuya á Felipe II *el asesinato de más de*

*dos mil sabios portugueses*. Sin duda los *sabios* abundaban entonces como los hongos. Lo que hicieron muchos *sabios* portugueses, fué recibir mercedes del *usurpador* y celebrar su *tiranía* en verso y en prosa.

El entusiasmo nacional palpita en la hermosa oda de Filinto *A Don Juan de Silva el día que recibió el hábito del Cristo*. Críticos extranjeros han tenido grandes elogios para el razonamiento noble y vigoroso que Francisco Manuel pone en boca de uno de los antepasados del nuevo caballero:

«Por feitos de valor, duras fadigas  
Se ganha fama honrada,  
Não por branduras vis do ocio amigas.  
Zonas fría e quemada  
Virãõ do Cancro, à Ursa de Calixto,  
Cavalleiros da roixa cruz de Cristo.  
En, ja a Fe, e os teus reis, e a patria amada,  
Na guerra te ensinei  
A defender co' a tingida espada:  
Co'a morte me affrontei  
Pola Fe, polos reis e patria. A vida  
Se assim se perde, a vida e bem perdida.  
Jã com ésta (e arrancou a espada inteira)  
Ao reino vindiquei  
A croa que usurpou mãõ estrangeira:  
Fiz ser rei o meu rei,  
Com açções de valor, feitos preclaros,  
Nas linhas d'Eivas e nos Montes Claros.»

Aquí Filinto es verdadero poeta, y agrada encontrar estos acentos de patria, y este eco de las

antiguas tradiciones, en la amanerada y artificiosa literatura del siglo XVIII.

Iguales méritos reúne la oda

«Empregada no golpham da vaidade....»

imitación en partes del *Inclusam Danaem* y del *Delicta majorum*. El recuerdo de los antiguos triunfos de la patria y de su actual postración y bajeza dicta á Francisco Manuel voces de indignación y llamamientos á la guerra:

«Allí c'o braço tincto em sangue mauro  
O fidalgo mancebo as verdes palmas  
Cortava ousado, para ornar na patria  
Os brazões nao manchados.  
¡Oh Lusos! acordae d'esse vil somno....  
Alvas estrellas  
Brilhem na guerra fervida e robusta  
As vencedoras Quinas.  
Resgatae-vos da affronta: erguei os brios,  
Que vos clama de Arzilla, Ormuze Diu....  
O vosso antigo sangue derramado  
No campo das victorias.»

Sobresale Filinto en las odas de asunto literario, como en la dedicada *A los poetas lusitanos*, y todavía más en *El Estro*, que es una de sus tres ó cuatro obras maestras, distinguiéndose por una audacia y rapidez líricas, desusadas en el poeta.

Son insoportables las infinitas odas en que Francisco Manuel habla de su destierro, execra á sus opresores, maldice á los sacerdotes y á los

consejeros de los reyes, ó esparce máximas revolucionarias y volterianas. Todo el calor poético le abandona entonces. No puede darse cosa más insípida y prosaica que las odas así encabezadas :

«Maldicto o Bonzo, e mais maldicto o nayre....  
Hoje quatro de Julho, foi o dia....  
Apagadas com crenças, com chimeras....»

ó la epístola célebre

«En quanto punes pelos sacros foros....»

Dejando á un lado estas poesías, que sólo tienen un interés histórico, por lo cual he de hacerme cargo de ellas en lugar más oportuno, citaré, en verdad más rápidamente que merecen, las odas *morales* en que con fortuna se ejercitó Filinto, llegando á la altura de Correa Garçãõ, y excediendo á los demás portugueses. La imitación del *Quid dedicatum poscit Apollinem*:

«Que cuidas, meu Pilaer, que pede aos Fados  
O poeta Philinto....»

los cantos *Á la virtud* y *Á la esperanza*, este último, en especial, vivirán cuanto dure la lengua de Camoens. En otros géneros, ¡cuántas riquezas esparció la flexible y elegante pluma de Francisco Manuel! Léanse con particular atención las eróticas *Á Marcia* y la oda *Á Venus*, demasiado larga, pero de un sabor pagano legítimo en muchos trozos. Téngola traducida, mas no la inser-

to por no alargar en demasía este trabajo. Baste el principio:

«Si ofrecí á tu deidad, piadosa Venus,  
El corazón cautivo en lazos de oro,  
Y si amorosas lágrimas sentidas  
Derramé en tus altares;  
Si fiel esclavo en tu sonoro templo  
Entoné sin cesar himnos alados,  
Entre fragantes vaporosas nubes  
De quemados perfumes;  
Si en otro tiempo descendiste afable,  
Con alma risa, halagadora y blanda,  
Á consolar con un divino beso  
Tus fieles amadores,  
Acuérdate del hijo de Ciniras,  
Por quien las selvas sin cesar corríste....  
¡Oh cuántas veces, al vibrar su arco,  
Se estremeció tu pecho!  
Del Simois hablen los piadosos olmos  
Que, encorvados, sus ramos enlazaban,  
Para ocultar los férvidos abrazos  
Del bienhadado Anquises....»

En el resto de la oda hay bellezas de alta ley, y es lástima que el conjunto, falto de sobriedad lírica, no sea bastante satisfactorio.

No compararé la oda *Á la noche* con *El himno del desgraciado*, de Lista, por más que alguna semejanza tienen. Es más animada y lírica la composición del vate sevillano. Comienza bien la de Filinto, pero se dilata con exceso:

«Diosa que esparces por la etérea zona,  
En mudo carro de ébano bruñido,